

el joven, por lo común, se le veía con un  
 aspecto de tristeza y de melancolía. En  
 sus ojos se reflejaba una profunda pena,  
 una angustia que parecía haberse arraigado  
 en su alma. A veces, cuando se le veía  
 solo, se le oía murmurar palabras que  
 parecían ser un lamento. Pero cuando  
 estaba con sus amigos, se le veía más  
 alegre y más animado. Sin embargo,  
 siempre había algo de tristeza en su  
 mirada.



## X

## La fuga

Al día siguiente, Nicolás, el herrero de Atlihuahyan, vino, como de costumbre, en la tarde, á hacer su visita á la madre de Manuela, y la encontró preocupada y triste. La joven estaba durmiendo y la señora se hallaba sola en el pequeño patio en que la encontramos la tarde anterior.

—¿Hay alguna noticia nueva?—preguntó doña Antonia al joven artesano.

—Sí, señora,—respondió éste;—parece que la caballería del gobierno llegará, por fin, mañana. Es

preciso que estén ustedes dispuestas, porque sé que no permanecerá ni un día y que se va pasando para Cuautla y de allí se dirige á México.

—Yo estoy lista ya enteramente,—respondió doña Antonia.—Todo el día nos hemos pasado arreglando los baúles y recogiendo mi poco dinero. Además, he ido á ver al juez para que me extendiera un poder, que voy á dejar á usted,—añadió, tomando de su cesto de costura un papel que dió á Nicolás.—Usted se encargará, si me hace favor, de vender esta huerta, lo más pronto posible, ó de arrendarla, pues según están las cosas, no podremos volver pronto y estoy aburrida de tanto sufrir aquí. Si usted se va á México, allá nos encontrará como siempre, y quizás entonces se habrá cambiado el ánimo de Manuela.

—No lo creo, señora,—se apresuró á responder Nicolás.—Yo he acabado por conocer que es imposible que Manuelita me quiera. Le causo una repugnancia que no está en su mano remediar. Así es que me parece inútil pensar ya en eso. ¡Cómo ha de ser! —añadió suspirando,—uno no puede disponer de su corazón. Dicen que el trato engendra el cariño. Ya usted ve que esto no es cierto, porque si del trato dependiera, yo me he esmerado en ser agradable á la niña, pero mis esfuerzos siempre han encontrado por recompensa su frialdad, su alejamiento, casi su odio... porque yo temo hasta que me aborrezca.

—No, Nicolás, eso no; ¡aborrecerlo á usted! ¿por

qué? ¿No ha sido usted nuestro protector desde que murió mi marido? ¿No nos ha colmado usted de favores y de servicios que jamás se olvidan? ¿Por qué tan noble conducta había de producir el aborrecimiento en Manuela? No: lo que sucede es que esta muchacha es tonta, es caprichosa; yo no sé á quién ha sacado, pero su carácter me parece extraño, particularmente desde hace algunos meses. No quiere hablar con nadie, cuando antes era tan parlanchina y tan alegre. No quiere rezar, cuando antes era tan piadosa; no quiere coser, cuando antes se pasaba los días discurriendo la manera de arreglar sus vestidos ó de hacerse nuevos; no quiere nada. Hace tiempo que noto en ella no sé qué cosa tan extraña que me da en qué pensar. Unos días está triste, pensativa, con ganas de llorar, tan pálida que parece enferma, tan perezosa que tengo que reñirla; otros, se despierta muy viva, pero colérica, por nada se enoja, regaña, me contradice, nada encuentra bueno en la casa, nuestra pobre comida la fastidia, el encierro en que estamos la aburre; quisiera que saliéramos á pasear, que montáramos á caballo, que fuéramos á visitar las haciendas; parece que no tiene miedo á los ladrones, que nos rodean por todas partes, y viendo que yo me opongo á estas locuras, vuelve á caer en su abatimiento y se echa á dormir. Hoy mismo ha pasado una cosa rara, luego que le anuncié que era necesario disponer los baúles para irnos á México;

tan pronto como vió que esto era de veras, que volví trayendo un dinerito y que comencé á arreglar todas mis cosas, primero se puso alegre y me abrazó diciéndome que era una dicha, que por fin iba á conocer á México, que había sido su sueño; que allí iba á estar alegre, pues que su tristeza tenía por causa la situación horrorosa que guardamos, hace tantos meses. Como es natural, yo me había figurado lo mismo, y por eso no había hecho tanto reparo en el cambio de su carácter, pues era de suponerse que una muchacha como ella, que está en la edad de divertirse, de pasear, debía estar fastidiada de nuestro encierro. Así es que también yo me puse alegre al verla contenta, pensando en el viaje. Pero luego ha vuelto á su tristeza, y al sentarnos á comer, observé ya que estaba de mal humor, que casi no quería probar bocado y que aun tenía deseos de llorar. Luego, no he podido distraerla, y después de componer su ropa en un baúl, al ir á verla la encontré dormida en su cama. ¡Ha visto usted cosa igual! Pues si fuera porque nos vamos de Yauhtepec, ¿por qué ha estado triste viviendo aquí?

—Señora, — preguntó Nicolás, que había escuchado atento y reflexivo, — ¿no tendrá aquí algún amor? ¿no dejará aquí alguna persona á quien haya querido ó á quien quiera todavía, sin que se lo haya dicho á usted?

— Eso me he preguntado algunas veces, pero no

creo que haya nada de lo que usted dice. ¿Qué amor pudiera haber tenido que yo no hubiera siquiera sospechado? Es verdad que algunos dependientes gachupines de la tienda de la bóveda habían dado en decirle flores, en enviarle papelitos y recados, pero eso fué mucho antes de que fuéramos á vivir á Cuernavaca. Después de que regresamos, aquellos muchachos ya no estaban aquí, se habían ido á México, y Manuela no ha vuelto á acordarse de ellos ni á nombrarlos siquiera.

Algunos jóvenes del pueblo suelen pasar por aquí y la ven con algún interés, pero ella les muestra mucho desprecio y cierra la ventana tan luego como los ha visto acercarse. No han vuelto ya. Manuela encuentra fastidiosos á los pocos que conoce. En fin, yo estoy segura de que no quiere á ninguno en el pueblo, y por eso al principio de este año, cuando comenzó usted á visitarnos, creí que iba inclinándose á usted y que arreglaríamos fácilmente lo que teníamos pensado.

— Pues ya ve usted, señora, — contestó Nicolás amargamente, — que no era cierto, y que Manuelita me ha considerado más fastidioso que á los muchachos de Yauhtepec. Tanto, que yo, teniéndole como le tengo tanto cariño y habiendo pensado tan seriamente en casarme con ella, porque creía con nuestro matrimonio labrar su felicidad y la mía, naturalmente, no he podido ser insensible á sus desprecios

tan pronto como vió que esto era de veras, que volví trayendo un dinerito y que comencé á arreglar todas mis cosas, primero se puso alegre y me abrazó diciéndome que era una dicha, que por fin iba á conocer á México, que había sido su sueño; que allí iba á estar alegre, pues que su tristeza tenía por causa la situación horrorosa que guardamos, hace tantos meses. Como es natural, yo me había figurado lo mismo, y por eso no había hecho tanto reparo en el cambio de su carácter, pues era de suponerse que una muchacha como ella, que está en la edad de divertirse, de pasear, debía estar fastidiada de nuestro encierro. Así es que también yo me puse alegre al verla contenta, pensando en el viaje. Pero luego ha vuelto á su tristeza, y al sentarnos á comer, observé ya que estaba de mal humor, que casi no quería probar bocado y que aun tenía deseos de llorar. Luego, no he podido distraerla, y después de componer su ropa en un baúl, al ir á verla la encontré dormida en su cama. ¡Ha visto usted cosa igual! Pues si fuera porque nos vamos de Yautepec, ¿por qué ha estado triste viviendo aquí?

—Señora, — preguntó Nicolás, que había escuchado atento y reflexivo, — ¿no tendrá aquí algún amor? ¿no dejará aquí alguna persona á quien haya querido ó á quien quiera todavía, sin que se lo haya dicho á usted?

— Eso me he preguntado algunas veces, pero no

creo que haya nada de lo que usted dice. ¿Qué amor pudiera haber tenido que yo no hubiera siquiera sospechado? Es verdad que algunos dependientes gachupines de la tienda de la bóveda habían dado en decirle flores, en enviarle papelitos y recados, pero eso fué mucho antes de que fuéramos á vivir á Cuernavaca. Después de que regresamos, aquellos muchachos ya no estaban aquí, se habían ido á México, y Manuela no ha vuelto á acordarse de ellos ni á nombrarlos siquiera.

Algunos jóvenes del pueblo suelen pasar por aquí y la ven con algún interés, pero ella les muestra mucho desprecio y cierra la ventana tan luego como los ha visto acercarse. No han vuelto ya. Manuela encuentra fastidiosos á los pocos que conoce. En fin, yo estoy segura de que no quiere á ninguno en el pueblo, y por eso al principio de este año, cuando comenzó usted á visitarnos, creí que iba inclinándose á usted y que arreglaríamos fácilmente lo que teníamos pensado.

— Pues ya ve usted, señora, — contestó Nicolás amargamente, — que no era cierto, y que Manuelita me ha considerado más fastidioso que á los muchachos de Yautepec. Tanto, que yo, teniéndole como le tengo tanto cariño y habiendo pensado tan seriamente en casarme con ella, porque creía con nuestro matrimonio labrar su felicidad y la mía, naturalmente, no he podido ser insensible á sus desprecios

constantes y me resolví á alejarme para siempre de esta casa. Pero la consideración de que usted me tiene un afecto de que estoy seguro, las órdenes de mi madre de que yo vele por ustedes hoy que tanto se necesita del apoyo de un hombre en estos pueblos, me han hecho seguir importunándolas con mi presencia, que de otro modo les habría evitado.

—¿Importunando á mí?— preguntó conmovida y llorando doña Antonia.

—No, á usted no, señora; bien veo que usted me profesa amistad, que desearía usted mi bien y mi dicha, que si por usted fuera, yo sería el esposo de su hija. Yo no soy ingrato, señora, y crea usted que mientras viva yo me portaré con usted como un hijo reconocido y cariñoso, sin interés de nada y siempre que no sirva de obstáculo á la felicidad de Manuelita; pero lo decía yo por esta niña. Afortunadamente para ella, ustedes se van de aquí, de modo que no tendrá la mortificación de verme y yo tendré la satisfacción de ser útil á usted desde lejos. Haré todo lo que usted me encarga y le escribiré con frecuencia, dándole razón de la huerta y del estado que guarda este rumbo. Mañana, cuando venga la tropa del gobierno, yo también vendré á ver qué se les ofrece á ustedes, y aun las acompañaré cuando se vayan, hasta Morelos ó hasta más allá si es necesario.

—¡Ah, Nicolás! ¡qué bueno es usted y qué noble! —dijo la señora con ternura;— acepto todo lo que

usted me ofrece, y á mi vez le aseguro que en mí tendrá siempre una segunda madre. Cualquiera que sea la suerte que Dios nos reserve á mí y á mi hija, crea usted que siempre recordaré su generosidad para con nosotras, y que nunca olvidaré que es usted el más noble y honrado joven que he conocido. Lo espero á usted mañana, y si usted quiere acompañarnos, como me lo promete, yo tendré mucho gusto de contar con su compañía, que tanto necesito. Pero tengo miedo de que suceda á usted algo á su regreso.

—No tema usted nada, señora,— dijo Nicolás, levantándose;— llevaré á algunos de mis compañeros de taller, bien montados y armados, y no correremos ningún peligro.

—Bueno,— dijo doña Antonia, apretando la mano del herrero con las dos suyas, cariñosamente, como lo haría una madre tierna con el hijo de su corazón.

Luego, al sentir que se alejaba, exclamó llorando:

—¡Oh! ¡qué desgraciada soy en no tener á este hombre por yerno!

Manuelita se despertó cuando ya estaba anocheciendo, y á la luz de la bujía, doña Antonia observó que tenía los ojos encarnados...

—¿Estás mala, hija?— le preguntó afectuosamente.

—Me duele mucho la cabeza, mamá,— contestó la joven.

—Es que estás amodorrada, y además, ¡has comido tan poco!

—No; me siento un poco mal.

—¿Tendrás calentura?—dijo la madre inquieta.

—No,—replicó Manuelita, tranquilizándola;—no es nada, me levanté esta mañana muy temprano y, en efecto, he comido poco. Voy á tomar algo y volveré á acostarme, porque lo que siento es sueño; pero tengo apetito y esa es buena señal. Ya sabe usted que siempre que madrugo me pasa esto. Además, es preciso dormir, ahora que se puede, porque quién sabe si en el viaje podamos hacerlo con comodidad y en compañía de soldados,—añadió sonriendo maliciosamente.

La pobre madre, ya muy tranquila, dispuso la cena, que Manuela tomó con alegría y apetito, después de lo cual rezaron las dos sus devociones, y tras de una larga conversación sobre sus arreglos de viaje y sus nuevas esperanzas, la señora se retiró á su cuarto, contiguo al de Manuela y apenas dividido de éste por un tabique.

A la sazón caía un aguacero terrible, uno de esos aguaceros de las tierras calientes, mezclados de relámpagos y truenos, en que parece abrir el cielo todas sus cataratas é inundar con ellas el mundo. La lluvia producía un ruido espantoso en el tejado, y los árboles de la huerta, azotados por aquel torrente, parecían desgajarse.

En la calle, el agua corría impetuosamente formando un río, y en el patio se había producido una inundación con el crecimiento de los *apantles* y con el chorro de los tejados.

Doña Antonia, después de recomendar á Manuelita que se abrigara mucho y que rezara, se durmió arrullada por el ruido monótono del aguacero.

Inútil es decir que la joven no cerró los ojos. Aquella era la noche de la fuga concertada con el Zarco; él debía venir infaliblemente y ella tenía que esperarlo ya lista con su ropa y el saco que contenía el tesoro, que era preciso ir á sacar al pie de la adelfa. Esta tempestad repentina contrariaba mucho á Manuela. Si no cesaba antes de media noche, iba á hacer un viaje molestísimo, y aun cesando á esa hora, iba á encontrar la huerta convertida en charco y á bañarse completamente debajo de los árboles. Sin embargo, ¿qué no es capaz de soportar una mujer enamorada, con tal de realizar sus propósitos?

Cuando ella conoció que era próximamente la hora señalada, se levantó de puntillas, con los pies desnudos, bien cubierta la cabeza y espaldas con un abrigo de lana, y así alzando su enagua de muselina hasta la rodilla, abrió la puerta de su cuarto quedito y se lanzó al patio, alumbrándose con su linterna sorda, que cubría cuidadosamente.

Era la última vez que salía de la casa materna, y apenas concedió un pensamiento á la pobre anciana,

que dormía descuidada y confiando en el amor de su hija querida.

Por lo demás, Manuela, atenta sólo á realizar su fuga, no procuraba otra cosa que apresurarse, y si su corazón latía con violencia, era por el temor de ser sentida y de malograr su empresa.

Dichosamente para ella, el aguacero seguía en toda su fuerza, y nadie podría sospechar que ella saliese de su cuarto con aquel temporal; así es que atravesó rápidamente el patio, se internó entre la arboleda, pasó el *apantle* que rodeaba el soto de la adelfa, y allí escarbando de prisa, sin preocuparse de la lluvia, que la había empapado completamente, y sólo cuidando de que la linterna no se apagase, extrajo el saco del tesoro, lo envolvió con su rebozo y se dirigió á la cerca, trepando por las raíces del amate hasta el lugar en que solía esperar al Zarco.

Apenas acababa de llegar cuando oyó el leve silbido con que su amante se anunciaba, y á la luz de un relámpago pudo distinguirlo, envuelto en su negra capa de hule y arrimándose al cercado.

Pero no venía solo. Acompañábanlo otros tres jinetes, envueltos como él en sendas capas y armados hasta los dientes.

— ¡Maldita noche! — dijo el Zarco, dirigiéndose á su amada. — Temí que no pudieras salir, mi vida, y que todo se malograra hoy.

— ¡Cómo no, Zarco! — respondió ella, — ya has visto siempre que cuando doy mi palabra, la cumplo. Era imposible dejar esto para otra ocasión, pues mañana llega la tropa y tal vez tendríamos que salir inmediatamente.

— Bueno, ¿ya traes todo?

— Todo está aquí.

— Pues ven, cúbrete con esta capa, — dijo el Zarco alargando una capa de hule á la joven.

— Es inútil, estoy ya empapada y bien puedo seguir mojándome.

— No le hace, póntela, y este sombrero... ¡Válgame Dios! — dijo al recibirla entre sus brazos. — ¡Pobrecita! ¡Si estás hecha una sopa!

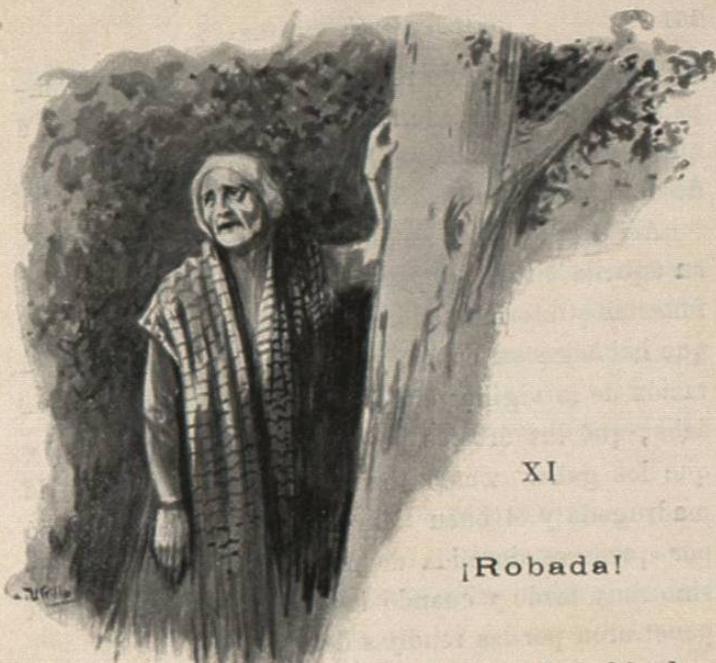
— Vámonos, vámonos, — dijo ella palpitante, — ¿quiénes son esos?

— Son mis amigos, que han venido á acompañarme por lo que se ofreciera... Vamos, pues; adelante, muchachos, y antes de que crezca el río, — dijo el Zarco, picando su caballo, en cuya grupa había colocado al estilo de la tierra caliente á la hermosa joven.

Y el grupo de jinetes se dirigió apresurado á orillas del pueblo, atravesó el río, que ya comenzaba á crecer, y se perdió entre las más espesas tinieblas.

Si algún campesino supersticioso hubiese visto á la luz de los relámpagos, pasar, como deslizándose entre los árboles azotados por la tempestad, aquel

grupo compacto de jinetes envueltos en negras capas, á semejante hora y en semejantes tiempos, de seguro habría creído que era una patrulla de espíritus infernales ó almas en pena de bandidos, purgando sus culpas en noche tan espantosa.



XI

¡Robada!

Doña Antonia había dormido mal. Después de su primer sueño, que fué tranquilo y pesado, los múltiples ruidos de la borrasca acabaron por despertarla. Agitada después por diversos pensamientos y preocupaciones á causa de su viaje próximo, comenzó á revolverse en su lecho, presa del insomnio y del malestar.

Parecía haber escuchado al través de los lejanos bramidos del trueno, y de los ruidos de la lluvia y del viento entre los árboles, algunos rumores extraños; pero atribuyó esto á aprensión suya. De buena gana se habría levantado para ir al cuarto de Manuela, á

fin de conversar ó de rezar un momento en su compañía; pero temió interrumpir el sueño de la niña, á quien creía dormida profundamente y acalenturada desde el día anterior.

Así es que, después de haber pasado largas horas en aquella situación penosísima, luchando con ideas funestas y atormentadoras, y con el calor sofocante que había en su cuarto y el que le producía la irritación de la vigilia; cuando oyó que el temporal cesaba, que los árboles parecían quedarse quietos, y que los gallos comenzaban á cantar, anunciando la madrugada y el buen tiempo, la pobre señora acabó por quedarse dormida de nuevo, para no despertar sino muy tarde y cuando los primeros rayos del sol penetraron por las rendijas del cuarto.

Entonces se levantó apresuradamente y corrió al cuarto de su hija.

No la encontró, vió la cama deshecha, pero supuso que se habría levantado mucho antes que ella y que estaría en el patio ó en la cocina. La buscó allí, y no hallándola todavía, creyó que andaría recorriendo la huerta, examinando sus flores y viendo los estragos del temporal, y aun se dijo que Manuela hacía mal en exponerse así á la humedad de la mañana, después de haber estado indispueta el día anterior; que iba á empaparse con el agua de los árboles y á mojarse horriblemente los pies en el lodo de la huerta, que era un bosque espeso, cruzado de *apantles* por

todas partes y que se llenaba de charcos con la menor lluvia.

Efectivamente, los naranjos, los zapotes, los mangüeros y los bananos dejaban caer una cascada de agua á cada rozamiento de sus ramajes; la luz del sol se reflejaba como en mil diamantes en las gotas de agua que pendían de las menudas hojas, y la grama del suelo se hallaba sumergida en una enorme ciénaga.

Hacía mal la muchacha en andar en la huerta de ese modo.

Y la llamó entonces á gritos para reñirla.

Pero habiendo esperado en vano para verla aparecer, y no escuchando su respuesta, comenzó á alarmarse, y corrió á buscarla en los lugares que solía frecuentar. Tampoco estaba en ellos. Entonces siguió buscándola y gritándole en todas direcciones, y habiéndole venido una idea repentina volvió á la casa para ver si la puerta de la calle estaba abierta; pero encontrándola perfectamente cerrada y atrancada, tornó á la huerta, llena de sobresalto, suponiendo que quizás su hija habría sido mordida por alguna serpiente y se habría desmayado ó tal vez muerto en algún rincón de aquel bosque. La pobre anciana, pálida como la muerte, convulsa de terror y de angustia, se internó en lo más espeso de la huerta, sin cuidarse del lodo ni de la maleza ni de las espinas, registrándolo todo, llamando por todas partes á su

hija con los epítetos más tiernos y más desesperados, con la garganta seca, con los ojos fuera de las órbitas, pudiendo apenas respirar, con el corazón saliéndosele del pecho, loca de dolor y de susto.

Pero nada, Manuela no parecía.

—Pero, Dios mío, ¿qué es de mi hija?—exclamó deteniéndose y apoyándose en un árbol, pues sentía que las piernas le flaqueaban.

Nadie le contestaba. La naturaleza seguía indiferente su curso normal. El sol brillaba de lleno iluminando el cielo, limpio ya de nubes, en aquella hermosa mañana de estío, más sereno y más azul después de una noche de borrasca; los pájaros parloteaban alegremente en las arboledas, zumbaban los insectos entre las flores, y todo parecía cobrar nueva vida en aquella tierra tropical y vigorosa.

Sólo la pobre madre desfallecía, apoyada en los árboles, y sintiendo que el frío de la muerte helaba la sangre en sus venas.

Pasado un momento de angustiosa parálisis, hizo un esfuerzo desesperado y se arrastró hasta el centro de la huerta. Allí tuvo otra idea; cruzando el *apantle* que rodeaba como un pozo el soto de la adelfa, que era como una rotonda de arbustos en medio de la cual descollaba la vieja y florida planta, se dirigió hacia ésta, y al llegar á ella se detuvo sorprendida. Allí, junto al tronco, había un pozo que se había llenado de agua, y sobre la grama estaba tirada una

tarécua, la pequeña tarécua con que Manuela solía cavar la tierra de su jardín.

Luego observó que, á pesar de la lluvia, la maleza y los arbustos aun permanecían doblados, como si alguna persona se hubiese abierto paso por ellos.

Miró con cuidado el suelo, y en la parte que no estaba cubierta por la grama, distinguió huella de pisadas. Siguió la dirección que ellas marcaban, lo cual era difícil en aquella capa de verdura espesa y áspera que cubría el suelo, y pudo reconocerla hasta el *apantle*. En los bordes cenagosos de éste y en la parte inundada por su crecimiento de la noche, la huella se marcaba mejor; era la huella de pies pequeños y desnudos que se habían enterrado profundamente en el cieno. ¿Quién podía haber andado por ahí esa mañana, si no era Manuela? ¿Y quién podía tener esos pies pequeños, sino la joven? Pero ¿por qué había venido descalza, y habiendo tenido resfriado el día anterior?

La infeliz madre se perdía en conjeturas. Luego, dando algunos pasos más allá de la faja inundada por el *apantle*, volvió á reconocer huella de pisadas: eran las mismas de Manuela, que seguramente tomó la dirección del cercado. En efecto, las huellas seguían hasta la cerca y se detenían junto á las viejas raíces del zapote gigantesco. La anciana trepó con trabajo por ellas, y como impulsada por un presentimiento terrible. Sobre la cerca había también señales de

hija ver pasado por ahí alguno. Las plantas parecían haber sido holladas; los tallos de algunas estaban rotos. Doña Antonia se asomó por aquel lugar y examinó atentamente la callejuela. Vió entonces allí, precisamente al pie del lugar en que se hallaba, las huellas bien distintas de pezuñas de caballos, que parecían haberse detenido algún rato y que debieron haber sido varios, porque el lodo estaba señalado y removido por numerosas huellas repetidas y agrupadas.

La aguda y fría hoja de un puñal que hubiese atravesado su corazón, no habría producido á la desdichada madre la sensación de intenso dolor y de desfallecimiento que semejante vista le causó.

No comprendía nada, pero adivinó que algo horroroso significaba aquello. ¡Su hija atravesando la huerta en aquella noche, dirigiéndose á la cerca, aquellos caballos deteniéndose allí, como para esperarla, porque era evidente que ningún hombre había andado con ella, todo esto encerraba un misterio inexplicable, pero pavoroso para la pobre señora! ¿Había huído Manuela con algún hombre? ¿Había sido robada? ¿Quién podía ser el raptor?

Doña Antonia apenas pudo dirigirse confusamente tales preguntas, en medio de su atonía y de su terror, porque se sentía aterrada, aniquilada, permaneciendo ahí como idiota con los ojos clavados en el lodo de la calle, con los cabellos erizados, con el co-

razón palpitante hasta ahogarla, muda, sin lágrimas, sin fuerzas, viva imagen de la angustia y del dolor.

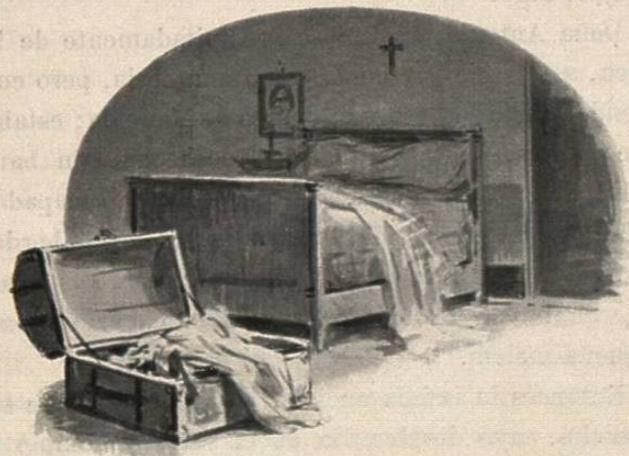
Pero una última esperanza pareció hacerla volver en sí. Pensó que eso era imposible, que era un sueño todo lo que estaba mirando ó que nada tenía que ver con su hija aquel conjunto de circunstancias; que Manuela debía haber vuelto á su cuarto, y que si se hubiera fugado, debía haberse llevado su ropa, sus alhajas, algo.

Doña Antonia, bajándose precipitadamente de la cerca, se dirigió vacilando como una ebria, pero corriendo, hacia la casa y el cuarto de Manuela; estaba como antes, solitario, la cama deshecha, un baúl abierto. No cabía duda, la joven se había escapado; faltaba su mejor vestido, faltaban sus camisas bordadas, sus alhajas, su calzado nuevo de raso, sus rebozos. Se había llevado lo que podía caber en una pequeña maleta.

Entonces la infeliz anciana, convencida ya de su desdicha, cayó desplomada en el suelo y rompió á llorar, dando alaridos que hubieran conmovido á las piedras. Pasado al fin este arranque de dolor supremo, salió de la casa como una insensata, sin cuidarse de cerrarla, y se dirigió á la de su ahijada Pilar, que vivía por ahí cerca en casa de unos tíos, porque era huérfana. Apenas pudo hablarles unas cuantas palabras para explicarles que Manuela había

desaparecido y para rogarles que fuesen con ella á su casa á fin de cerciorarse del hecho.

Acompañáronla, en efecto, sorprendidos y asustados también, especialmente la bella y dulce joven, que lo mismo que su madrina no comprendía nada de tal misterio.



*Moana*

*Perdóname, pero era preciso que hiciera lo que he hecho. Me voy con un hombre á quien quiero mucho, aun que no puedo casarme con él por ahora. No me haced por que soy feliz y que no nos persigan por que es inútil.*

*Manuela*

XII

### La carta

El examen de la calle y de la huerta, hecho por los tíos de Pilar y por Pilar misma, no hicieron más que confirmar las sospechas de doña Antonia. Manuela se había escapado en brazos de un amante.

Los tíos de Pilar encontraron al pie de la cerca, y medio oculta entre la maleza y el lodo, la linterna sorda que había servido á la joven para alumbrarse y que arrojó allí al huir.